

Rosalía. VI. 1.
Rosendo. VI. 12.

S

Santiago el Mayor. VI. 20, 28.
Santiago el Menor. Véase *Felipe*.
Santos (Todos). VI. 122, 134.
Sebastian. VI. 41, 49.
Segundo. VI. 58.
Simon y Júdas. VI. 66.

T

Tecla. VI. 75.
Telmo. VI. 84.
Teresa de Jesus. VI. 92, 103.
Tesifonte. VI. 113.
Todos los santos. VI. 122, 134.
Tomas apóstol. VI. 144, 158.
Tomas de Aquino. VI. 172, 199.
Tomas de Cantorberi. VI. 225.
Tomas de Villanueva. VI. 241, 251.
Torcuato. VI. 258.
Toribio, obispo de Astorga. VI. 273.
Toribio de Mogrovejo. VI. 273, 283.

V

Verónica de Juliani. VI. 292.
Vicente Ferrer. VI. 305, 317.
Vicente mártir. VI. 331, 344.
Vicente de Paúl. VI. 353, 363, 372.

Z

Zoilo. VI. 384.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS.

(DE TRONCOSO.)

Ecce ego mittam angelum meum qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa eum et audi vocem ejus.

Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida.

Éxodo, c. 23. v. 20 y 21.

Hay hombres para quienes las cosas espirituales son enigmas de todo punto incomprensibles. Avezados á no creer sino aquello que los sentidos palpan; materializados, carnales y terrestres, juzgan ensueños y extravagancias de una imaginacion exaltada cuanto de mas respetable hay en nuestra santa Religion, porque no puede caber en el cálculo de sus extraviadas inteligencias. Entre las verdades que han sido en todos tiempos el objeto de los envenenados tiros del error, la existencia de los ángeles custodios no ha sido la que ménos enemigos ha tenido, especialmente en los siglos llamados filosóficos. Aún en el nuestro existen por desgracia no pocos de esos talentos funestos, que osan mirar con indiferencia y hasta con desprecio, una creencia que las sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y la tradicion de casi todos los pueblos vienen confirmando hasta nuestros dias de una manera incontestable. El protestantismo, que derribando por tierra las imágenes de los santos, pensó abolir su culto y abolir su veneracion, llevó tambien su sacrilega audacia hasta el coro de los celestiales espíritus, que rodean el trono del omnipotente Dios de cielos y tierra; y apurando el sofis-

ma é inventando cuantos delirios pudo sugerirle su impiedad, nada dejó por hacer, á fin de desmentir las Escrituras, truncar el genuino sentido de los oráculos de la Iglesia, y oscurecer la luz de la tradicion.

Vanos y temerarios proyectos! El Dios de las alturas se burló de sus enemigos, y á despecho de sus mentirosas calumnias, á pesar de sus esfuerzos, hizo célebre en la Iglesia católica el culto y la devocion de los ángeles custodios. ¿Qué ciudad hay en el orbe cristiano, que no haya decretado al ménos una ovacion anual á su ángel protector? ¿Qué templo, que no celebre la festividad de las celestiales inteligencias, diputadas á su custodia? Cada reino, cada provincia, cada pueblo, cada familia ¿no reconoce y confiesa que la adorable Providencia del cielo ha dispuesto que uno de sus ángeles vele sobre sus intereses espirituales y aún temporales? Ni un solo individuo hay medianamente instruído en los principios de la religion de Jesucristo, que entre sus creencias no cuente muy particularmente la de su ángel custodio.

Ahora bien, católicos oyentes, ¿hubiera permitido el Señor que esta creencia se arraigase tan profundamente en los pechos católicos, si no estuviese basada sobre principios ciertos, seguros é incontestables? ¿Hubiérala autorizado la Iglesia, regida y gobernada por el Espíritu santo, si este no se la hubiese inspirado? ¿Ó nos atreveríamos á decir, que un error, por piadoso que pueda parecer, sea capaz de complacer á aquel Dios infinitamente santo, bueno, puro, que desea y quiere ser adorado en espíritu y verdad? No, amados míos: léjos de nosotros pensamientos tan injuriosos á la Divinidad. Los católicos no somos unos samaritanos ilusos que rendimos nuestras adoraciones á un ser que no conocemos; somos, sí, los fieles hijos del Evangelio que nos gloriamos de tributar honor y alabanza perpetua á un Dios, cuyas perfecciones, si bien somos incapaces de penetrar, sabemos que son tales, que le constituyen el Dios de los dioses en Sion, el Dios único y verdadero que preside en los cielos y en la tierra á todos los acontecimientos. En consecuencia de esto, creemos que este Dios no puede gustar sino de la verdad que de él mismo proviene; que no puede aceptar sino las creencias que él nos ha enseñado, por medio de la revelacion ó por el canal puro de su Iglesia.

Fundado pues en estos principios, si bien persuadido de que

respecto de vosotros ninguna necesidad hay de justificar el culto que hoy tributamos á nuestros ángeles custodios, séame permitido establecer por asunto de mi discurso la siguiente proposicion: la devocion á los ángeles custodios está fundada en las sagradas Escrituras, recomendada por los Padres de la Iglesia, y confirmada por una constante tradicion. De donde inferiréis, cuán torpe sea el error de los que se atreven á impugnar esta piadosa creencia, y cuán cordial deba ser nuestro afecto y nuestra confianza hácia esos soberanos espíritus.

¡Ó rey y soberano Señor de los ángeles, á quien adoran y rinden vasallaje las mas encumbradas inteligencias! dignaos inspirarme en este momento palabras y afectos que correspondan al grandioso objeto de nuestros cultos. Enviád á vuestro divino Espíritu, para que purifique mis labios y remueva de mi corazon todo cuanto sea carnal y terrestre. Sea él quien hable por mi ministerio, para que todo ceda en honor y gloria vuestra. Á este fin interponemos la mediacion de aquella Virgen, que fué constituida emperatriz del cielo y soberana reina de los espíritus angélicos, y con la mayor reverencia le dirigimos la salutation del arcángel Gabriel: *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

Quando digo que el culto y devocion á los santos ángeles custodios se funda en las sagradas Escrituras, no juzguéis, católicos oyentes, que me propongo desentrañar uno por uno los pasajes de los divinos Libros depositarios de esta verdad. Son tantas y tan variadas las autoridades que en cada uno de ellos se encuentran á nuestro propósito, que su sola indicacion haria prolongado en demasía, y hasta cierto punto fastidioso este discurso. Me limitaré pues á citar algunos que comprobarán hasta la evidencia nuestro aserto.

Abramos desde luego el Génesis, y leyendo la historia de la muerte del patriarca Jacob, oiremos á este santo patriarca, que cercano ya al sepulcro bendiciendo á sus hijos que le rodeaban, exclama: «El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres «Abrahan é Isaac, el Dios que me sustenta desde mi juventud «hasta el dia de hoy, y *el ángel que me ha librado de todos los «males*, bendiga estos niños y sea sobre ellos invocado mi nom-

«bre (1).» En el Éxodo el mismo Dios habla al pueblo de Israel, y le dice: «Mira que yo enviaré *el ángel mio que te guie* «y guarde en el viaje, hasta introducirte en el país que te he «preparado. Reverénciale y escucha su voz: en ningún concep- «to le menosprecies, porque si haces algún mal, no te lo pasará, «y en él se halla el nombre mio. Si le oyeses y ejecutares las «cosas que te ordeno, seré enemigo de tus enemigos y perse- «guiré á los que te persigan (2).» En el Libro de los jueces, Gedeon ve á un ángel sentado bajo la encina de Era, el cual saludándole en nombre del Señor, le anima á emprender la libertad del pueblo de Israel contra las huestes madianitas, y le asegura el éxito de su empresa con estas palabras: «Yo soy el que «te envió...; contigo estaré, y derrotarás á Madian, como si «fuera un solo hombre (3).» En el libro de Judit vemos á esta heroína ilustre que habiendo decapitado al tirano Holoférnes, entona un himno de acción de gracias, y arengando al pueblo de Betulia, exclama: «Yo os juro por el mismo Señor, que *su* «*ángel me ha guiado*, así al ir de aquí, como al estar allí, y al «volver acá (4).» Un ángel acompaña á Azarías y á sus compañeros en el horno de Babilonia y los preserva de las llamas (5): un ángel ruega á Dios por la libertad de los judíos y por el restablecimiento de su templo (6): un ángel defiende la ciudad santa, se presenta en el campamento de los asirios, hiere en una sola noche á ciento ochenta y cinco mil hombres, y deja el campo cubierto de cadáveres (7): un ángel ofrece delante del trono de Dios las oraciones de sus siervos (8)... Baste, católicos oyentes, no hay libro en toda la sagrada Escritura, ni casi una sola página puede hallarse, en donde no se tropiece con algún testimonio de la verdad que nos propusimos probar. Donde quiera vemos á los santos ángeles sirviendo de ministros del Monarca inmortal de cielos y tierra, ya para mantener el orden del universo, ya para velar sobre los imperios; ora protegiendo á los hombres, ora conduciéndolos por los caminos de la salvación, y siempre derramando sobre la humanidad los mas inestimables beneficios. En todas ocasiones se verifica lo que dijo el Apóstol de los santos ángeles, á saber, que están destinados por

(1) *Genes. c. 48. v. 15 et 16.* (2) *Exod. c. 23. v. 20-22.*
 (3) *Judic. c. 6. v. 14 et 16.* (4) *Judith, c. 13. v. 20.*
 (5) *Dan. c. 3. v. 49.* (6) *Zachar. c. 1. v. 11.*
 (7) *Isai. c. 37. v. 36.* (8) *Apoc. c. 8. v. 3 et 4.*

Dios para servirnos y ayudarnos á recoger la herencia de la salud (1).

Inútilmente pues ha intentado el espíritu de error tachar de supersticioso el culto que el cristianismo tributa á los ángeles custodios. En vano el protestantismo, armándose del sofisma, ha querido probar que este culto está expresamente prohibido por san Pablo, abusando de aquel pasaje en que el santo apóstol dice: «Guardáos bien que nadie os seduzca ni os extravié «del recto camino..., enredándoos con un culto falso de los ángeles, metiéndose á hablar de cosas que no ha visto, hincha- «do vanamente de su prudencia carnal (2).» Pero ¿acaso estas palabras son una condenacion expresa del culto de los ángeles? No, católicos; preciso es sepáis el sentido en que habla el Apóstol, para no ser víctimas de este error. Sabido es que Zoroastro cuya doctrina habia penetrado en la Grecia y en el Asia á la época en que san Pablo escribía, enseñaba la existencia de un número infinito de ángeles ó espíritus mediadores, á quienes atribuía, no solamente un poder de intercesion subordinado á la providencia continua de Dios, sí que tambien un *poder absoluto*, cual él y sus adeptos reconocian en sus dioses; de donde se seguía que el culto que tanto á unos como á otros rendian, era un politeísmo, una verdadera idolatría. Á estos pues se dirigia san Pablo en el pasaje citado, y en este concepto decia que los partidarios de tamaño error estaban seducidos por su imaginacion, y no perseveraban unidos con su cabeza Jesucristo (3). No así nosotros que, firmes en los principios de nuestra fe, solo reconocemos en los santos ángeles unos espíritus enviados por Dios para ser sus administradores, segun el preciso lenguaje del mismo apóstol, ejecutores de sus órdenes, y custodios de los hombres como el mismo Profeta rey cantó en sus sublimes Salmos (4). Nuestro culto es pues conforme á los indestructibles dogmas de la Religion católica, que manda reverenciar á los que Dios se digna hacer participantes de un poder de intercesion, en todo dependiente del supremo dominio que solo á él puede convenir. ¿No ha dicho el mismo Jesucristo que los ángeles constituidos para custodios de los pequeñuelos, gozan sin cesar de la presencia de su eterno Padre en el cielo? (5) ¿No

(1) *Hebr. c. 1. v. 14.* (2) *Colos. c. 2. v. 18.* (3) *Ibid. v. 19.*
 (4) *Psalm. 90. v. 11.* (5) *Matth. c. 18. v. 10.*

ha asegurado que el que se avergonzare de confesar su nombre delante de los hombres, sufrirá un día la confusión digna de su maldad en presencia suya, de su padre y de sus ángeles? (1) ¿Cómo pues pudiéramos dispensarnos de venerar á esos espíritus celestiales, á quienes Dios mismo se complace en honrar de una manera singular y admirable?

Mas no solo las sagradas Escrituras, tambien los Padres de la Iglesia autorizan y recomiendan el culto y devoción á los ángeles custodios de una manera la mas expresiva. « No bien el hombre nace á la luz de este mundo, dice el Padre san Gerónimo, cuando ya el Señor le destina un ángel que le guarde « en todos los momentos de su vida, y le defienda contra los « ataques del infierno. ¡Tan grande es y tan inestimable el precio de las almas! (2) » ¿Y qué extraño es, católicos oyentes, que un Dios, que á costa de su propia sangre nos redimió de la esclavitud de Satanás, emplee toda la solicitud de su providencia en remover todos los peligros que puedan hacernos caer de nuevo en la tiranía del ángel apóstata, que por donde quiera nos tiende lazos, nos acecha sin cesar, y no se cansa de hacernos la mas cruda guerra? « ¡Qué seria de nosotros (pregunta san Hilario) en este océano sembrado de enormes escollos, si no contásemos con la protección de un guía fiel, de un piloto diestro, de un compañero cariñoso y desinteresado, que se hiciera un deber de mostrarnos el verdadero rumbo que debemos seguir para llegar al puerto seguro de la eternidad? (3) » « Ved pues ahí, en sentir del Niseno, á cada hombre un ángel, que tomase á su cargo la custodia de su alma, oponiendo su fortaleza y virtud á los esfuerzos del maligno espíritu (4) ». Este, ya con fantasmas é imaginaciones torpes, ya con pensamientos y deseos desarreglados; ora con engaños y artificios, ora con sugerencias y promesas, combate nuestra debilidad y hace cuanto le es posible por arrastrarnos á la culpa (5); aquel, bien con santas inspiraciones, bien con remordimientos saludables, unas veces ilustrándonos con una luz sobrenatural, otras sirviéndose de los mismos acontecimientos naturales, despeja los nublados que oscurecen nuestro entendimiento, nos manifiesta las cosas

(1) *Marc. c. 8. v. 38.* (2) *Hier. lib. 3. in Matth.* (3) *Hil. in Psalm. 134.*
(4) *Greg. Nis. in Matth. c. 18.* (5) *Joan. Chrys. ap. Beroat. Serm. de los áng. cust. part. 2.*

como son en la realidad, nos descubre la falsedad de los placeres de este mundo, nos hace desear los bienes eternos, y de este modo nos saca victoriosos de la lucha, si dóciles á su voz, que de tantas maneras resuena en nuestro corazón, no ponemos obstáculo á la gracia del Señor.

Dudáis acaso de estas verdades? pues consultad á san Agustín, y él os dirá que no hay hora ni momento, ni lugar alguno en que nuestro ángel custodio no emplee toda la eficacia de su amor y solicitud en proveer á nuestras necesidades (1). Leed á san Cirilo de Jerusalén, y le oiréis decir, que nuestro ángel, á manera de maestro zeloso, al par que diligente, se ocupa de continuo en lanzar de nuestro entendimiento las tinieblas de la ignorancia y del error (2). Oíd á san Bernardo, y os dirá que nuestro ángel, cual consejero fiel é incorruptible, no cesa de dirigirnos interiormente sus amonestaciones, para infundir en nuestras almas el amor á la piedad (3). Registrad en fin los monumentos mas insignes de la literatura sagrada, leeréis que la providencia del Altísimo, que se extiende á todo cuanto existe, se sirve para la ejecución de sus designios del ministerio de los ángeles custodios; que estos presiden á todas las cosas visibles, presentan á Dios las oraciones de los hombres, y asociados con él en la vasta administración del universo, ejecutan sus órdenes, cada cual en el ministerio que se le confia. Así hablan san Justino, Atenágoras, Teodoreto, Clemente de Alejandría, el Nazianzeno, Eusebio de Cesarea, san Ambrosio, santo Tomás y casi todos los grandes genios del cristianismo (4). ¿Y quién á vista de tantos testimonios osaría oponerse al culto y devoción de los ángeles custodios? ¿Quién, sino el genio del mal, el espíritu de error y de mentira, intentaría debilitar la confianza, que en los pechos cristianos existe hácia esos celestiales espíritus? Pero si aún no están satisfechos los enemigos de este culto, á pesar de verlo autorizado en las sagradas Escrituras y en la autoridad de los Padres de la Iglesia, escuchen por último el testimonio constante de la tradición.

Ninguna necesidad tenemos de evocar en comprobación de nuestro aserto los monumentos de la antigüedad. Si nuestro

(1) *Aug. Soliloq. 27.* (2) *Ciril. Hieros. Catech. 14.*
(3) *Bernard. Serm. 1. in Cant.* (4) *Anotac. al Dicción. de Teolog. de Bergier, edic. de Paris año 1829.*

objeto fuese demostrar á la incredulidad la existencia de los espíritus angélicos, revolveríamos los fastos de los pueblos mas remotos de la tierra, y entre los griegos y egipcios, entre los habitantes de la Fenicia y del celeste Imperio, en las leyes de Confucio no ménos que en los escritos de los mismos filósofos paganos, hallaríamos esta creencia, si bien cubierta con las sombras de sus tipos mitológicos, y mezclada de errores que el cristianismo ha condenado justamente (1). Siendo nuestro propósito no tanto probar cuanto recomendar á los fieles el culto y veneracion de los ángeles custodios, bástanos añadir á lo que llevamos expuesto, el asentimiento universal, que en la Iglesia católica se ha notado desde los primeros siglos á esta creencia, y el fervoroso entusiasmo con que todos los pueblos han contribuido á propagarla con sus festividades y obsequios. Es verdad que la Iglesia, rodeada en su cuna de enemigos encarnizados, que interpretaban malignamente todas sus prácticas sagradas, juzgó prudente abstenerse de tributar homenajes públicos á estos bienaventurados espíritus durante los primeros siglos, por no dar motivo al paganismo grosero é ignorante para creer que autorizaba las impías y sacrílegas adoraciones que él rendía á los genios invisibles. Eligió un tiempo, en que la devocion que en los corazones cristianos existia hácia los ángeles custodios, no pudiendo permanecer por mas tiempo oculta entre las sombras del silencio, se manifestó públicamente y sin rebozo. Entónces cada reino, cada provincia, cada ciudad juzgó un deber levantar magníficos altares, consagrados á celebrar los beneficios recibidos por su ángel tutelar. Entónces España, la primera siempre en dar impulso á las sagradas prácticas de la Religion católica, instituyó una fiesta anual en honor de los ángeles custodios, que celebrada con pompa y magnificencia extraordinaria, llamó la atencion de los demas reinos, que se apresuraron á coadyuvar sus piadosas miras. Entónces los obispos de Rhódes, los reyes de Francia, los archiduques de Austria, ardiendo en celo por la gloria de Dios y llenos de tierna devocion á sus santos ángeles, la propagaron del modo mas prodigioso. Roberga, los Paisés-Bajos, Chartres, Clermont de Auvernia, todos los pueblos la admitieron gustosos. El Vaticano acogió benigno las preces del pia-

(1) Huet, *Alnet. quæst. lib. II, cap. 14.*

doso Ferdinando, y los votos de innumerables iglesias, é hizo extensiva á todas las del orbe católico esta festividad religiosa que en breve vino á ser universal (1).

¡Cuántos testimonios pudiera aducir yo ahora, si quisiese haceros palpable el prodigioso incremento que fué tomando esta devocion en la sucesion de los siglos! ¡Cuántos favores, qué gracias tan insignes, qué bienes tan inestimables no experimentaron los pueblos y los hombres de la invocacion y culto de los ángeles custodios! Llenas están las páginas de la historia de hechos maravillosos, de acontecimientos extraordinarios, debidos á la intercesion de estos espíritus soberanos que, ora en favor de los reinos cometidos á su custodia, ora en obsequio de los particulares, han hecho ostensible, en mil ocasiones, la singular solicitud con que velan por sus protegidos. Testigo de esta verdad una santa Francisca Romana, que tantas veces experimentó la presencia de su ángel, con cuyo auxilio venció las tentaciones del angel apóstata que intentaba por todas vias apartarla del camino de la virtud (2). Testigo aquel jóven teutónico, á quien su ángel hizo sentir de un modo visible el castigo de su disolucion, hiriéndole con un golpe que le hizo caer por tierra sin sentido, en el momento en que se entretenia con sus amigos en conversaciones indecorosas (3). Testigo... ¿mas para qué molestar vuestra atencion? Nosotros mismos ¿no tenemos pruebas inequívocas de la proteccion, amor y solicitud de nuestro ángel tutelar? ¡Cuántas veces hemos sentido una fuerza invisible, que nos animaba á combatir contra nuestras pasiones, en instantes en que íbamos á ceder cobardemente á sus insinuaciones! ¡Cuántas hemos escuchado una voz interior, que nos hacia comprender nuestros deberes, y al tiempo mismo nos reprendia nuestra infidelidad! Aquellos remordimientos que venian á derramar la amargura en el seno mismo de nuestros placeres, aquel temor que nos infundia tal vez el recuerdo de nuestros extravíos, aquellos deseos de romper las cadenas que nos tenian aprisionados á los piés de un idolo, á quien sacrificábamos nuestro eterno porvenir...; todo esto y otras muchas gracias de que hemos sido objetos, á pesar de

(1) Véase Croiset, *Año Cristiano*, dia 2 de Octubre.

(2) *Eccles. in offic. S. Franc. Romanæ dic. IX. Martii. Lect. 6. circ. mod.* (3) Segneri, *Panegirico in onore del santo Angelo Custode.*

haberlas dejado pasar desapercibidas, ¿á quién lo debemos? ¿Dudaremos atribuirlo á la continua vigilancia de nuestro ángel custodio, pues que como afirma el P. san Ambrosio, no se aparta un punto de nuestro lado, y siempre circuye á nuestro rededor, para evitar que cosa alguna pueda perjudicarnos? (1) Ah! en vano nos lisonjearíamos de nuestras propias fuerzas; inútilmente confiaríamos en nuestra prevision; toda nuestra vigilancia seria infructuosa sin la asistencia y proteccion de nuestro ángel de guarda. « ¿Quién, pregunta san Lorenzo Justiniano, quién sin este auxilio podria vencer la rabia, evitar los lazos, resistir las tentaciones, y descubrir los fraudulentos amaños de unos enemigos tan crueles? (2) »

O acaso, hermanos míos, porque los beneficios de nuestro santo ángel sean ocultos, serán para nosotros menos apreciables? ¿serán menos dignos de nuestra eterna gratitud? ¿No deberemos por el contrario procurar merecer otros muchos y mas singulares con nuestro amor, devocion y docilidad á sus buenas y santas inspiraciones? « ¿Qué cosa mas capaz de inspirar en nuestros corazones estos afectos tiernos, exclama el P. san Bernardo, que el saber que el mismo Dios es el que ha mandado á esos celestiales espíritus que nos protejan en todos nuestros caminos, y que nos lleven en palmas, para que nuestros piés no tropiecen en las piedras, que por donde quiera se oponen á nuestra marcha? ¿Cuán cautamente no debemos vivir teniendo por testigos de nuestras acciones y de nuestros mas ocultos designios á los ángeles del Señor! ¿Nos atreveríamos á ejecutar en su presencia lo que nos llevaria de rubor delante de un ser mortal y corruptible? Si nuestros ojos viesen, si oyesen nuestros oídos, si nuestras manos pudiesen palpar esas invisibles inteligencias, ¿cuál seria el respetuoso temor que nos causarían? Y ¿acaso su presencia es menos cierta, porque no esté al alcance de nuestros sentidos? Ah! léjos de nosotros toda duda: creamos, y al mismo tiempo amemos á unos espíritus tan benéficos, que ínterin llega el dia de vernos asociados con ellos en la participacion de la herencia del padre celestial, nos sirven en este mundo de ayos y tutores para asistirnos en todas nuestras necesidades. ¿Qué cosa habrá capaz de intimidarnos, cubier-

(1) *Ambr. ap. Segner. loc. citat.* (2) *Laur. Just. in Psalm. 56.*

« tos con la egida de tan grandes protectores? Ellos no pueden ser engañados ni vencidos por nuestros enemigos; ménos aún inducirnos al error. Son unos amigos fieles, unos conductores prudentes y diestros, unos defensores poderosos. Sigamos pues sus huellas, no nos desviemos de su lado: en las mas peligrosas tentaciones, en las tribulaciones mas amargas, en los momentos de abatimiento, en toda ocasion en que nuestra alma ó nuestro cuerpo puedan peligrar, invoquemos á nuestro ángel custodio, clamemos á nuestro doctor, pidamos el auxilio de nuestro protector, digámosle con confianza: « Señor, salvádnos, que perecemos (1)! » Á nuestra voz se levantará el celestial espíritu, ahuyentará las tentaciones, ilustrará nuestros entendimientos, fortalecerá nuestra debilidad, sostendrá nuestro fervor; y siendo nosotros dóciles á sus santas inspiraciones, no nos abandonará un momento, hasta habernos dejado en manos del Criador, en la eterna bienaventuranza de la gloria. *Amen.*

(1) *Bernard. Serm. 12. Psalm. Qui habitat.*